BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

EL DUQUE DE ALBA.

Hay hombres que han nacido á ser la viva representacion de una época y de un sistema; que como tales, han dejado impreso en su fisonomía un carácter grandioso que los hace descollar entre sus contemporáneos, y ocupan tanto lugar en la historia, que al llegar á ellos es fuerza comtemplarlos con veneracion ó con espanto, pero siempre con asombro.

A este número pertenece sin duda el gran *Duque de Alba*. Nacido en una época en que España estaba al frente de las naciones europeas, en que su política conmovia todos los gabinetes, en que sus armas infundian terror á todos los pueblos, y en que, por fin, se mostró tan acérrima defensora de la religion establecida como enemiga irreconciliable de la reforma, el Duque de Alba fué la personificacion del carácter guerrero, político, intolerante y severo de su nacion, reuniendo en sí todas las virtudes y todos los vicios que la engrandecian ó afeaban. Así es que los historiadores, al hablar de este célebre personage, no lo han podido hacer nunca con indiferencia, porque en ellos ha influido necesariamente el espíritu de partido; y su nombre ensalzado por los unos, execrado por los otros, ha atraido sobre sí todas las alabanzas y todas las maldiciones de que son susceptibles la admiracion y el odio. Los estranjeros sobre todo no lo pronuncian sino para comparar al Duque de Alba con los mónstruos mas aborrecibles que ha engendrado la especie humana, y aunque en la pintura que hacen de él hay ciertamente mucha exajeracion y mucha injusticia, fuerza es confesar que, respetando su alta capacidad y sublime carácter, se presenta en la historia como una de aquellas figuras aterradoras que no se pueden contemplar sin estremecimiento, y que es de desear no aparezcan con frecuencia en la escena del mundo.

D. Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba, nació en 1508, de una de las mas distinguidas familias castellanas. Habiendo perdido todavía niño á su padre, fue educado por su abuelo, y desde sus primeros años mostró la mas decidida aficion á la carrera de las armas; de tal suerte que á los diez y seis se escapó de casa de su tio para asistir al asedio de Fuenterrabia que los

franceses ocupaban, y que hubieron por fin de rendir á los españoles. Distingióse tanto el Duque de Alba, que á pesar de su estremada juventud le hicieron gobernador de la plaza. Desde entonces toda su vida fué una serie de hechos militares que sería prolijo referir, y que le dieron fama de célebre guerrero. El belicoso reinado de Cárlos I era el mas á propósito para satisfacer su ansia por los combates y ejercitar su valor y capacidad en ellos: asi es que en breve llegó á ser contado entre los mas célebres capitanes de aquel grande emperador, acompañándole en casi todas las campañas. Francia, Cataluña, Africa, Italia y Alemania fueron teatro de sus proezas. Fué uno de los que mas contribuyeron á la conquista de Túnez, y á él se debió principalmente la gran victoria de Mulberg, dada en las márgenes del Elba contra los luteranos No parecia sino que su estrella le destinaba á ser terror de los hereges: entonces fue cuando á sus talentos guerreros empezó á añadir aquella severidad cruel que le grangeó despues tan triste fama. Mostró tal ardor en aquella batalla, que recibió tres heridas; y habiendo caido prisionero el elector de Sajonia, le sentenció á muerte un consejo de guerra que presidia el mismo Duque. Sin embargo, mientras vivió Carlos, solo el guerrero brilló en el Duque de Alba; y si al morir aquel hubiera bajado éste tambien á la tumba, quizá gozaria de menos celebridad, pero contado entre los célebres capitanes de la época, y estimado á par de los Bazanes, Pescaras, Leyvas y otros, su fama se hubiera transmitido pura y libre del terrible borron que la acompaña.

Bien se dió á conocer su distinguido mérito y el aprecio en que le tenia el emperador, cuando tratando de buscar un ayo para su hijo Felipe, eligió entre tantos famosos guerreros y célebres políticos al Duque de Alba, cuya edad no era sin embargo todavía la suficiente para tan delicado puesto. Tal vez pudo influir esta eleccion en los futuros destinos de España; pues si el maestro no logró infundir al discípulo su ánimo guerrero, le inspiró el fanatismo y la intolerancia de que estaba poseido, y aquella dureza de carácter de que tan terribles muestras dieron uno y otro cuando Felipe llegó á sentarse en el trono de su padre, rigiendo con cetro de hierro los numerosos estados que le dejó en herencia.

Mas á pesar de la piedad religiosa del soberano y de su general, el primer servicio que este hizo á Felipe despues de su advenimiento al trono, fué precisamente contra el gefe de la iglesia. El Papa Paulo IV favorecia los intereses del monarca francés contra los de España, procediendo estos sentimientos tan agenos de su situacion, de los de su sobrino el cardenal Caraffa, que, á fuer de napolitano, aborrecia la dominacion española. El sumo pontífice soltó la rienda á su despecho arrestando al embajador del monarca español; y considerando á este como vasallo de Roma, en su calidad de rey de Nápoles, le emplazó á su tribunal, llegando por fin, apoyado en las promesas del francés, hasta declararle privado del cetro napolitano En tan crítica circunstancia, ningun general parecia mas á propósito que el duque de Alba para desempeñar el difícil encargo de poner coto á las demasias de persona tan venerada, y de cuya sumision no queria separarse el mismo que la combatia. Despues de haber consultado Felipe á un consistorio de teólogos para saber si podria armarse contra el gefe de la Iglesia, envió al duque cuyo principal conato tuvo por objeto aplacar al pontífice por medio de concesiones que á cualquier otro le hubieran satisfecho; pero viendo al fin que todos sus esfuerzos eran vanos, reunió tropas, entró en el territorio romano, y se apoderó de varias fortalezas. El Papa que ya empezaba á temblar, se reanimó viendo que acudia á socorrerle un ejército francés; mas habiendo tenido este que retroceder á resultas de la memorable batalla de San Quintin, quedó aquel á merced del duque de Alba que le obligó por fin á desprenderse de la alianza francesa. Cuéntase que durante esta contienda, habiendo sabido que los romanos, aterrados al saber su aproximacion, trataban de derribar la iglesia de santa María del Populo para emplear sus piedras en fortificaciones, les mandó un correo para rogarles que no destruyesen aquel soberbio monumento de la piedad y magnificencia de sus antepasados; prometiéndoles que de ningun modo se aprovecharia de las ventajas que aquel templo pudiera ofrecerle, aunque la plaza fuese inexpugnable por cualquier otro lado.

Pero el teatro donde acabó de desplegarse el caracter del duque de Alba y donde ha dejado consignado su nombre acompañado de recuerdos de sangre, fueron los Paises bajos, cuya rebelion dió margen á que se mostrasen en toda su fuerza sus talentos militares y la dureza de su corazon indomable.

El espíritu de reforma religiosa que Cárlos V habia combatido en Alemania, penetró en los Paises—bajos, donde hizo rápidos progresos. Felipe, á quien su padre habia confiado el gobierno de aquellas bellas provincias, resolvió estirpar en ellas la heregía, prefiriendo á la persuasion los medios violentos á que le inclinaban su caracter sombrío y su celo religioso. Con sus modales altaneros se enagenó el ánimo de los naturales que tanto habian querido á su padre que los miraba con suma predileccion; y el restablecimiento de los terribles decretos promulgados contra los protestantes, decretos que hizo ejecutar con inflexible rigor, acabó de encender un odio que cundiendo mas y mas, estalló por fin en quejas y motines. El establecimiento de un tribunal parecido á la inquisicion llevó á su colmo la indignacion, no solo de los protestantes, sino tambien de los católicos que veian hollados los privilegios del pais. Pidióse su abolcion; pero Felipe se mostró sordo á todos los clamores, y reclamando su presencia los negocios de España, se marchó dejando por gobernadora á su hermana Margarita, duquesa de Parma, con instrucciones terribles y sanguinarias. Margarita no era cruel; pero sujerida por el cardenal Granvela, digno ministro de Felipe, ejecutó las órdenes de este de un modo implacable que anegó los Paises—bajos en sangre. Por fin, fueron tales los clamores, que el cruel Granvela tuvo que pedir su retiro, el cual le fue concedido; pero la llama de la rebelion estaba ya encendida, y los alborotos se sucedian con tal rapidez y con síntomas tan alarmantes, que fue preciso ya acudir á las armas para refrenarlos.

Reunió Felipe un ejército y dió el mando al duque de Alba, nombrándole teniente general de los estados de Flandes con la misma autoridad que ejerciera el monarca si estuviese allí en persona. Una cosa digna de notarse en este nombramiento fué el enojo que causó al príncipe D. Cárlos, heredero del trono. Cuando el duque fue á tomar sus órdenes para pasar á su nuevo destino, le dijo con tono áspero y desabrido que le arrancaria la vida antes que permitirle aceptar un cargo que deseaba para sí. El duque procuró aplacarle diciéndole que solo iba á restablecer la paz en aquellas provincias para que S. A. pudiese luego pasar á ellas y gobernarlas sin peligro. Irritado el príncipe con esta contestacion, acometió con la espada al duque; el cual, cogiéndolo por los brazos, pidió socorro á voces, y habiendo entrado alguna gente, D. Cárlos se retiró. Este suceso, y la desgraciada muerte del príncipe que aconteció poco despues, ha hecho creer á algunos autores estranjeros que desaprobaba la conducta de su padre con respecto á los paises sublevados; y su-

poniéndole sentimientos nobles y generosos, y hasta cierta oculta inclinacion á la reforma, se han imaginado que ansiaba ir á Flandes para defender la libertad de conciencia y la libertad política, cosas que á la verdad estaban bien lejos de su caracter colérico y dominante, no habiendo en él mas que una ambicion despechada porque su padre no le daba parte en el gobierno, creyendole sin duda con escaso talento para el mando.

La noticia de la ida del duque de Alba á Flandes llenó de espanto á todos sus habitantes. Entre los señores flamencos que mas prestigio tenian en el pais y que, sino ostensiblemente hasta entonces, al menos de un modo oculto, favorecian los alborotos, se contaban al príncipe de Orange y á los condes de Egmont y de Horn. Orange demasiado prudente para esperar al duque, paró el golpe retirándose á Alemania; y aunque procuró persuadir á los otros dos que le imitasen, no pudo conseguirlo, de lo cual no tardaron en arrepentirse. Con efecto entró el de Alba triunfante en Bruselas, y aunque los dos condes habian salido á recibirle, aunque le ofrecieron su cooperacion en su dificil empresa, aunque la política aconsejaba tal vez que se les perdonase en el caso de ser culpables, fueron presos y sentenciados á muerte. Su egecucion esparció el terror en todo el pais: millares de flamencos emigraron á Inglaterra y Alemania: otros muchos tomaron las armas y se reunieron al príncipe de Orange y á sus hermanos, cuya ambicion aprovechó esta ocasion de engrandecerse, haciendo preparativos de guerra. La duquesa de Parma, gobernadora del reino, conociendo que su autoridad era nula, ó mas bien despreciada, pidió y obtuvo su retiro.

No es de este lugar el hacer la historia de aquellas sagrientas guerras, teatro de tantas hazañas al mismo tiempo que de tantos horrores. Basta decir que el éxito fue por mucho tiempo contrario á Orange y sus aliados, si bien al principio de la campaña, Luis de Nassau, hermano de aquel, derrotó al general español, conde de Aremberg; pero el duque de Alba acometió muy en breve al vencedor obligándole á ocultarse en Alemania. Orange no fue mas feliz por su lado, y su ejército compuesto de naturales y de alemanes, no pudo resistir á las armas españolas. Vencedor el duque, ejerció terribles venganzas en cuantos habian tenido parte en la insurreccion. Sus rigores y las exacciones que se vió precisado á imponer para sostener á sus tropas aumentaron la irritacion y efervescencia.

Orange se aprovechó otra vez del descontento, logrando promover nuevas insurrecciones y reunir numerosos partidarios. Las operaciones militares se renovaron. Flessinga se rebeló, la insureccion cundió hasta la Holanda, una escuadra española fué derrotada, y este suceso fue la señal de una conflagracion general que puso en inminente riesgo al Duque de Alba; mas ayudado este de su hijo D. Fadrique, salió vencedor de tan apuradas circunstancias, volviendo a derrotar á todos sus enemigos. En medio de tan empeñados y sangrientos combates, exasperados los ánimos con la resistencia y la venganza, uniéndose á los rencores políticos los odios religiosos, se cometieron por ambos lados horrores cuya narracion estremece. Mucho se han exajerado por los estranjeros los del Duque de Alba, pero los historiadores imparciales confiesan que no lo fueron menores los que ejercieron el conde de la Marck y otros gefes protestantes; y sin que aquí pretendamos justificar al primero, el exámen maduro y detenido de los hechos permite que en muchos casos se rectifique el juicio severo que una opinion harto general ha pronunciado contra tan ilustre guerrero.

Felipe conoció por fin que la política que habia adoptado con respecto á los Paises-bajos, y que su teniente seguia con tan inflexible rigor, no era la mas adecuada á la pronta pacificacion de aquellas provincias; y el Duque de Alba recibió la órden de volver á España. Acaso contribuyó tambien á esta determinacion un rasgo de orgullo por parte del Duque que debió ofender al monarca. Envanecido aquel con sus triunfos, hizo erigir en la ciudadela de Amberes una estátua colosal que le representaba sujetando á sus pies la rebelion y la herejia, la cual fué vaciada con el bronce de los cañones que habia ganado en la batalla de Gemmengen: monumento odioso á los flamencos porque les recordaba su esclavitud y su oprobio, y que vino al suelo con el poder del que en su envanecimiento lo elevara.

La desgracia esperaba al Duque á su regreso á España. Ingrato Felipe á los servicios de un guerrero que no solo habia prodigado su sangre en mil combates por su padre y por él, sino que hasta se habia hecho aborrecible por seguir su negra política, sin considerar sus muchos años y sus achaques que á penas le permitian montar á caballo, prestó oidos á los enemigos del de Alba, que se vió preso y desterrado. Dícese que la ocasion ó el pretesto de esta desgracia fué la resistencia de su hijo D. Fadrique de Toledo, marqués de Coria, á casarse con una dama de la reina á quien habia dado palabra de matrimonio. Felipe tomó el partido de la jóven y mandó al marqués que cumpliese su promesa; pero D. Fadrique, en vez de obedecerle, dió su mano á una prima suya, lo cual fué causa del arresto del padre y del hijo.

El Duque de Alba tuvo en breve una ocasion de vengarse de esta ingratitud de un modo noble y digno de una grande alma. Muerto en África D. Sebastian, rey de Portugal, ocupó el trono su tio el cardenal D. Enrique, el cual no tardó en bajar al sepulcro, dejando una infinidad de pretendientes á la corona. El pueblo se inclinó á favor de D. Antonio, Prior de Crato; pero Felipe apoyó su derecho con las armas. Reunió un ejército de treinta mil hombres, y buscando un general para ponerlo á su frente, no halló otro mas capaz que el viejo y achacoso Duque de Alba, desterrado y resentido. Felipe conocia sin duda bien aquel corazon tan leal como implacable, y no vaciló en confiarle el mando de una espedicion que debia valerle un reino. «*Decid al rey mi señor* respondió el Duque al mensajero que le llevó la órden, *que es el solo monarca de Europa que tiene vasallos que desde la carcel salen á darle una nueva corona.*» Alba cumplió su palabra. Dos batallas bastaron para sujetar Portugal á Castilla; y este servicio fué el último que aquel grande hombre prestó á su soberano, pues cubierto todavía con sus nuevos laureles, los mas puros que habian adornado su frente en tan larga carrera, murió en Lisboa en los brazos de Felipe á la edad de 74 años.

Capacidad militar, firmeza de caracter, elevacion de sentimientos, y lealtad inalterable, tales fueron las virtudes que brillaron en el Duque de Alba; le faltaron los sentimientos de humanidad que templan la ferocidad del guerrero. Se le debe admirar; pero no es posible estimarlo.

A. G. y Z.

HIGIENE.

SOBRE LA SALUD

DE LOS LITERATOS, HOMBRES DE NEGOCIOS Y ARTISTAS.

Los dedicados á las ciencias y artes, y sobre todo los

que se entregan á un trabajo mental continuo, se conducen por lo regular peor que las gentes menos instruidas en punto á cuidar de su salud. Absorbidos en sus estudios y meditaciones, descuidan de sí propios, y se esponen á una multitud de enfermedades. Daremos en pocas palabras las reglas fáciles que deben observar para precaverse de ellas.

Para concebir cuan espuesta se halla la salud de los literatos (1), basta tener presente que á las operaciones mentales acompaña un cansancio mas sensible y durable que á los trabajos corporales, y que dos órganos tan importantes como lo son el cerebro y el estómago, no pueden trabajar simultáneamente, sin que sean imperfectas las funciones de alguno de ellos, y esto es lo que casi siempre sucede al estómago de aquel cuya cabeza trabaja mucho. La vida sedentaria que llevan, las meditaciones abstractas á que se entregan son la causa comun de los dolores de cabeza habituales, de las frecuentes jaquecas y las congestiones cerebrales, la apoplegia y aun la demencia. El estómago y el cerebro son los órganos mas espuestos á las enfermedades, pero sufre tambien la vejiga y los riñones, y les amaga el mal de piedra por la mala costumbre que contraen de contener la evacuacion por no dejar el trabajo de la mano. La postura que tienen en su bufete egerce una presion continua sobre los órganos contenidos en el vientre, y los predispone á inflamaciones, amenudo muy perjudiciales en ellos. Las veladas, como que invierten el órden de la naturaleza que tiene destinada la noche al reposo, dañan mucho á la salud, prescindiendo de lo que perjudican á los órganos de la respiracion los vapores que exhalan las materias combustibles que se emplean en alumbrarse. El aire reconcentrado que respiran, el aseo de que á veces suelen cuidar poco, la soledad, la aplicacion continua de la vista, son otras tantas causas, cada una de las cuales contribuye á deteriorar su constitucion física y á arruinar su salud.

Las reglas generales de higiene, no tienen que sufrir modificaciones notables en su aplicacion á este punto: pues no se trata sino de contrabalancear con el bien entendido uso de los agentes que esta ciencia pone á nuestra disposicion, la influencia poco favorable de algunas de las circunstancias en que se constituyen los literatos. Por lo mismo les será tanto mas necesario un aire puro, cuanto á que permanecen habitualmente encerrados; teniendo cuidado de renovarle y mantenerle en una temperatura media en todas las estaciones del año. En invierno es mejor tener en el gabinete chimenea ó brasero bien encendido que estufa, porque el calor no es tan fuerte y es mas completa la renovacion del aire. No obstante una estufa bien arreglada tiene la ventaja de dar un calor igual sin causar la molestia de cuidar de ella. Conviene tambien que entre la luz en la pieza en que se trabaja, pues la obscuridad, ademas de que influye en todo el cuerpo determinando una especie de laxitud, cansa mucho los órganos de la vista. Para trabajar de noche conviene una luz pura y que no vacile, como la que dan los quinquets perfeccionados. Una pantalla de papel blanco ó de cristal mate, conteniendo en cierto modo la luz, hace mas suave su impresion.

El vestido del literato debe ser abrigado, suave y ligero, y sobre todo holgado para no dar lugar á opresion en ninguna parte del cuerpo, pues sabe muy bien toda persona estudiosa cuan imposible es dedicarse seriamente al estudio cuando se siente uno incomodado por poco que sea. El calzado abrigado les es mucho mas preciso, por motivo de que cuanto mas ocupada está la cabeza suelen estar los pies mas frios. No dudamos pues aconsejar el uso de medias de lana la mayor parte del año, ó el tener bajo de la mesa un calienta-pies, forrado de piel de oso ú de carnero.

El cuidado en el aseo y limpieza es indispensable para resarcir la poca traspiracion. Los baños tivios son muy útiles, bien como medios de limpiar la piel, bien como propios para calmar el estado de escitacion y de picor nervioso que acompaña siempre á una atencion demasiado vehemente ó seguida por mucho tiempo. Son por lo mismo provechosas las friegas secas ó aromáticas, hechas con frecuencia por todo el cuerpo.

El alimento merece una atencion particular, y no debe ser indistintamente de toda clase; pues los que son de facil digestion para el robusto labrador no lo son sino de muy dificil para el estómago delicado del sabio. Las legumbres y frutas, los huevos, el pan bien cocido y las carnes frescas en corta cantidad deben ser el alimento habitual de este, absteniéndose cuidadosamente de carnes saladas y ahumadas, de los fritos, y toda especie de pasteleria crasa. Son útiles como condimentos los aromas. Las comidas deben ser moderadas y hechas con lentitud, para que la masticacion sea perfecta, y el estómago no trabaje tanto. El ponerse al trabajo inmediatamente despues de haber comido es incómodo, y rara vez deja de ser perjudicial, por la desazon que engendra una digestion interrumpida.

La bebida mas conveniente á las personas muy estudiosas es el agua pura, y no deben usar del vino sino con mucha moderacion: el café y el té, que suelen usar con esceso, son muy á propósito para deteriorar su salud. El verdadero secreto para trabajar mucho sin fatigarse y tener siempre las ideas frescas y claras es el de la sobriedad, como puede probarse con inumerables egemplos, siendo sobre todo necesaria esta templanza cuando se trata de hacer un esfuerzo en el trabajo. Entonces es cuando el té y el café dan una actividad prodigiosa por decirlo asi á las facultades intelectuales; pero no debe olvidarse que estos medios artificiales de escitar la mente redundan por último en daño de quienes los emplea, por el estado de abatimiento que se le sigue, haciendo atrasar mas de lo que se ha adelantado violentamente.

El egercicio es en los literatos el mejor medio de equilibrar la influencia perjudicial de un trabajo muy prolongado. La declamacion y la lectura en alta voz son provechosas, con tal que se hagan en tiempo oportuno, es decir, cuando el estómago se halle desembarazado; pero no es este egercicio capaz de suplir por los demas; el paseo, el montar á caballo, el juego de bolos, el de villar cuando el tiempo no permite salir, proporcionan otros tantos medios de conservar la salud, escitando en primer lugar una suave traspiracion, y proporcionando tambien á los órganos del pensamiento algunos momentos de un descanso que les es necesario. Para hacer ejercicio no debe aguardarse á tener tiempo, sino que, como dice Buchan, todo literato debe mirar el hacer ejercicio como un negocio esencial, y atender á sus horas de recreo tanto como á sus horas de estudio. En la division de sus horas debe el estudioso fijar las de su descanso y distraccion; sin lo cual no podrá continuar largas tareas.

Es un buen método el de hacer egercicio despues de la comida, con tal que no sea violento, ni la comida haya sido inmoderada. Suele preguntarse qué parte del dia es la mejor para entregarse al estudio, y en general se cree que la mañana, siendo muy bueno acostarse temprano y madrugar; las veladas cansan mucho, y par-

(1) Comprendemos en la misma categoria á cuantos egercen sus facultades mentales de un modo habitual, constante, y á veces violento, al paso que el cuerpo permanece en mayor ó menor inaccion; como los abogados, comerciantes, pintores, grabadores, &.

ticularmente cuando para resistir al sueño se echa mano del té, el café, y á veces de los licores. El mejor medio de trabajar de noche sin que importune el sueño es el de comer ligeramente, dar despues un paseo, y ponerse luego al trabajo. El cultivo de un jardin, las obras de ebanistería y los baños frescos en su respectiva estacion son tambien medios ventajosos de distraccion de los estudios serios.

No es indiferente para la salud la postura que se toma mientras se trabaja. Los que son cortos de vista y se inclinan sobre un bufete demasiado bajo, saben muy bien esto por los dolores de estomago y de espaldas que padecen. Conviene pues estar sentado comodamente en un asiento medianamente blando, y delante de una mesa que tenga un atril bastante inclinado para poder estar con el cuerpo casi recto. De cuando en cuando debe el que trabaja levantarse y dar algunas vueltas por la pieza para descansar; pues el cambiar de posicion es un escelente medio para disipar el cansancio.

El sueño es mas necesario acaso á los literatos que á los que egercitan solo sus facultades físicas. Cuvier dormia constantemente nueve horas de las veinte y cuatro del dia, lo que no admira si se considera su prodigiosa actividad. Conviene pues á los literatos dormir bastante para reparar el cansancio del cerebro, y debe tenerse por muy mal sistema el de privarse del sueño.

Los hombres de vida sedentaria tienen por lo comun evacuaciones lentas é incompletas, y mucho mas los que trabajan de cabeza, en quienes es poco activa la traspiracion, habituales los constipados y penosa la secrecion de la orina, dependiendo las mas veces estas dos últimas incomodidades de que resisten á las necesidades naturales por no abandonar el trabajo. Este mismo celo por el estudio suele asimismo hacerles negligentes en el aseo y la limpieza que tanto contribuyen á la conservacion de la salud. Los baños serian muy útiles á los sabios y literatos, y se les deben aconsejar tanto mas cuanto parece que los temen, y no los usan sino con precauciones muy superfluas.

Todo lo dicho tiende á minorar la estremada suceptibilidad, familiar á todos los que trabajan mentalmente, como artistas, sabios y literatos, cuyas pasiones son generalmente vivas, y su sensibilidad moral esquisita. Los medios higiénicos pueden restablecer hasta cierto punto el equilibrio, y prevenir las afecciones mas ó menos graves de que pueden ser causa sus ocupaciones. A ellos particularmente toca el apreciar debidamente la influencia que egerce lo físico sobre lo moral.

Una suave filosofia es la que sobre todo debe arreglar las pasiones, cuya accion ha quitado la vida á muchos de aquellos hombres destinados á ser la gloria y las antorchas de su siglo.

CAJA DE AHORROS.

INSTRUCCION *formada por la junta directiva de la Caja de Ahorros de esta Capital y aprobada por S. M., para el establecimiento y orden económico de dicha Caja.*

La Caja de Ahorros creada en Madrid por real decreto de 25 de octubre de 1838 es un establecimiento de beneficencia, destinado esclusivamente á recibir y hacer productivas las economías de las personas laboriosas.

Las operaciones de la Caja de Ahorros de esta Corte están limitadas á recibir las cantidades que en ella se depositen semanalmente, y pasarlas al Monte de Piedad á fin de que este pueda hacerlas productivas en los objetos de su instituto, abonando á la Caja el interés anual de 5 por 100 y devolviéndola los capitales siempre que esta los exija. Todos los fondos y pertenencias correspondientes á aquel establecimiento quedan responsables á la seguridad de dichas sumas y sus intereses.

La direccion y administracion de la Caja de Ahorros está á cargo de una junta presidida por el Gefe Político de esta Provincia y nombrada por el Gobierno entre las personas de conocido arraigo, filantropia, probidad é inteligencia. Esta junta se compone de tres directores, un contador, un tesorero, y un secretario, cuyos cargos son enteramente gratuitos, y su renovacion succesiva se verificará á propuesta del Ayuntamiento.

La Caja de Ahorros recibe todos los Domingos del año las cantidades que cualquiera persona se presente á imponer en ella *desde la de cuatro reales hasta la de trescientos inclusive*, en cada semana. La primera imposicion de cada interesado podrá ser hasta la suma de *mil reales vn.* No se admiten fracciones de real para evitar complicacion en las operaciones.

Estas sumas impuestas en la Caja ganan el interes *de cuatro por ciento al año*, á contar desde una semana despues de la imposicion. Los intereses serán al fin del año acumulados al capital, y devengan succesivamente el rédito correspondiente.

La diferencia de uno por ciento entre el 5 que abona el Monte á la Caja y el 4 que esta ha de abonar á los interesados en ella, quedará retenido y destinado por ahora á atender á los gastos indispensables de la contabilidad, y á formar un fondo de reserva para los imprevistos. Si en lo sucesivo la experiencia acreditase que este fondo de reserva escede á la necesidad, se limitará por acuerdo especial de la junta, y en este caso podrá aumentarse el interes del cuatro por ciento que por ahora se fija.

Las sumas depositadas en la Caja podrán retirarse por los interesados á su voluntad, avisando á la misma con dos semanas de anticipacion, y cesando desde aquel punto de devengar interes.

Cada semana la junta directiva publicará una razon del movimiento de entrada y salida en la Caja, y al fin de cada año un estado circunstanciado de ella con las demas observaciones que parezcan conducentes.

Formalidades para verificar los depósitos y pedir su reintegro.

La Caja está abierta al público todos los Domingos desde las diez de la mañana á las dos de la tarde en los meses de octubre á mayo inclusive, y de nueve á una en los restantes meses del año. Las dos primeras horas son destinadas á recibir los depósitos, y las otras dos á realizar los reintegros que se hayan solicitado.

Cada interesado recibe al hacer la primera entrega un cuaderno ó libreta de resguardo, en el cual van expresados su nombre, profesion, cantidad de su imposicion, número con que queda anotada y demas circunstancias necesarias; y en esta libreta visada y firmada por uno de los Directores y el Tesorero, se van anotando en seguida las cantidades que succesivamente imponga el mismo interesado, sirviéndole siempre de resguardo y crédito con que poder reclamarlas cuando guste, y cuidando de llevar consigo dicha libreta siempre que haya

de hacer un nuevo depósito en la Caja, á fin de que en ella misma puedan hacerse las anotaciones expresadas.

Para las solicitudes de reintegro ha de presentarse el interesado personalmente con la libreta correspondiente, en la que se le anotará el dia que ha de realizar el cobro dentro del término de las dos semanas que quedan prevenidas.

Los ausentes pueden reclamar sus fondos por medio de persona autorizada con poder especial. La mujer casada necesita para ello la autorizacion de su marido, y los menores la de sus padres ó tutores legales.

La Caja de Ahorros está situada en la Plazuela de las Descalzas, casa del Monte de Piedad.

Madrid 1.° de febrero de 1839.—José María Puig, Presidente.—El Marqués Viudo de Pontejos.—Manuel María Goyri.—Francisco del Acebal y Arratia, Directores.—Antonio Guillermo Moreno, Contador.—Joaquin de Fagoaga, Tesorero.—Ramon Mesonero Romanos, Secretario.

NOTA. *La junta directiva de la Caja de Ahorros ha acordado que quede esta abierta al público desde el Domingo 17 de febrero á las diez de la mañana.*

VARIEDADES.

EL ARCO DEL VIOLINISTA FIORILLO.

Entre las personas de calidad mas notables en Lóndres por su aficion á la música, sobresalia á fines del último siglo el Baron de Bayge. Aquel escelente sugeto encontraba música en todo: si una puerta rechinaba sobre sus goznes, ó una silla formaba contra el suelo un estallido sonoro, al momento el baron melomano sacaba su libro de memoria y anotaba las inflexiones músicas correspondientes; en fin no habia en Lóndres vendedor ambulante, cuyo grito peculiar no se hallase reproducido en la estraña coleccion del Baron de Bayge. El estudio que habia hecho del arte no fue con todo esto sino muy superficial, y por lo mismo tenia que acudir amenudo á otro mas inteligente para que le anotára debidamente todos los sonidos bien ó mal espresados en su libro de memoria.

Despues de haber tenido á varios en calidad de sus secretarios de música, desempeñaba para con él estas funciones el célebre Fiorillo, violinista italiano de gran habilidad, y tan sencillo y cándido, como finos y astutos suelen ser por lo comun los mas de sus compatriotas.

A pesar de las tres horas diarias que dedicaba el Baron al estudio del violin, no pudo conseguir el tocar con afinacion, y su mano harmonicida estaba reñida para siempre con el lúgubre bemol.

Fiorillo se desesperaba, y no sabia que hacerse ya con su discípulo, hasta que tirando este un dia su violin exclamó colérico: «Sí: demasiado tiempo he aguantado; pero como ha de ser? Nada perderán los bemoles en haber aguardado.»

—Qué quereis decir, Milord? dijo Fiorillo asombrado.

—Quiero decir que desde este momento me propongo hacer una mocion en la cámara alta, á fin de que mande á todos los compositores que supriman en adelante los bemoles en su música bajo la pena de una fuerte multa.

—¡Graciosa será semejante proposicion! repuso Fiorillo riéndose á carcajadas.

—A lo menos será moral, señor mio, le respondió con dignidad el Baron. ¿No tenemos una ley contra los juramentos?

—Sin duda.

—Pues bien: sino hubiese habido bemoles, yo no la hubiera violado mas de mil veces desde que estoy estudiando el violin.

Cuando al cabo de tres años de un estudio tenaz llegó á poseer algun tanto el instrumento y á ejecutar medianamente un solo de Jarnovich, menos los bemoles, declaró á Fiorillo que estaba decidido á dar á sus amigos las primeras muestras de su habilidad, y que asi le encargaba diese las disposiciones convenientes para celebrar un concierto en el sábado inmediato.

Consiguiente á su designio, pasó el Baron esquelas de convite á los príncipes de la familia real, á los grandes dignatarios del reino unido, á los presidentes de ambas cámaras y al Lord Corregidor de la ciudad de Lóndres; y como era muy conocida su originalidad en la alta sociedad, todos aceptaron con un maligno placer el convite.

Llegó el dia señalado para el concierto. Fiorillo estaba muy pensativo, y apenas comia, á pesar de las reiteradas insinuaciones de la amable sobrina del Baron que estaba desayunando con él.

—¿Qué teneis, caro maestro? le decia miss Betty.

—¡Ay Señorita!, respondia el pobre profesor, tiemblo que Su Gracia comprometa esta noche mis veinte años de honrosa profesion.

—Y no es mas que ese el motivo de vuestra pesadumbre? M. Fiorillo ¿no teneis ya una reputacion bien acreditada? Creedme: si se rien, poneos tambien á reiros vos mismo, y el que mas se ria esta noche será el que venza y salga mejor.

No obstante cuanto le decia miss Betty, Fiorillo fue al ensayo del concierto lleno de miedo. Cuando llegó su vez al Baron subió con todo desembarazo al sitio destinado para los que tocaban los solos, y sin aguardar á que empezára el *tutti*, hirió sin compasion la áspera prima de su violin....

Aquella fue una trapisonda espantosa; pero los músicos estaban pagados para adular al Baron, y los aplausos que se le prodigaron, aunque dados con un entusiasmo algo irónico, le hicieron por aquel momento el mas feliz de los mortales. Hasta entonces todo iba bien; mas cuando llega la noche reparó el Baron entre sus convidados al hermano del rey, primoroso violinista, y á su prima la duquesa de Cambridge, que pasaba por la primera música de su tiempo, se apoderó de él un terror pánico, y fue á verse con Fiorillo, mas este habia salido desde medio dia, y su criado no supo decir donde habia ido.

—«Vamos, dijo el Baron, ya no tiene remedio: la suerte está echada, y tendré que tocar salga lo que saliere!.... pero á lo menos me valdré del arco de mi maestro, puesto que sin miramiento alguno me abandona en tan crítico momento.»

Empezó pues el concierto con un magnífico coro de Handel que se desempeñó con mucho acierto: despues cantó la Mengotti divinamente una composicion de Paisiello y fue conducida en triunfo á su asiento. El orden del programa señalaba en seguida el solo del Baron; se adelantó temblando, saludó á la augusta reunion, y la orquesta principió el tutti que precede por lo comun á toda pieza destinada á que luzca un aficionado. El Baron ejecutó con una espresion y un aplomo admirables la introduccion de su concierto. La asamblea toda que habia ido con intencion de mofarse, quedó sorprendida de asombro, y este se aumentó hasta lo sumo en toda la série de

la pieza, que no desmintió el final. Todos se levantaron, ondearon los pañuelos y se victoreó y palmoteó repetidas veces al dichoso Baron, que apenas sabia lo que le pasaba, temblándosele las rodillas y sudando á mares.

Al dia inmediato, cuando el ayuda de cámara del Baron ponia en orden los instrumentos que habian servido en el concierto, reparó que las cerdas del arco de violin estaban llenas de sebo. Asombrado de aquella particularidad, se lo presentó á su amo, que tan confuso como él llamó á Fiorillo y le dijo enseñándole el arco: «Mi querido maestro: ahí teneis vuestro arco que tan bien me ha servido anoche, pues á no ser por él no se me hubiera nombrado esta tarde presidente de la cámara alta. Dejádmele como un recuerdo vuestro, y admitid de mi parte este corto agasajo» Al decir esto puso en sus manos el documento de un vitalicio de cien libras esterlinas.

—Pero decidme, añadió ¿por qué se halla este arco de este modo?

Fiorillo bajaba la cabeza sin atreverse á responder.

Tio mio, dijo entonces miss Betty, M. Fiorillo se ha escondido detras de un biombo, y era el que tocaba mientras vos esgrimisis con tanta soltura su arco sin resina!....

«¡Efecto extraordinario del amor propio! exclamó el Baron que no dejaba por otra parte de tener talento. Estaba anoche tan fuera de mí, que creia que era yo quien ejecutaba tantos primores.»

POESIA.

EL CAUTIVO.

Callada la noche está,
Callada, limpia y serena,
Sin mas voz que la cascada
Que á lo lejos se despeña;
Sin mas música que el canto
Del ruiseñor que enagena,
Ni mas lumbre que el templado
Resplandor de las estrellas.
Cerró la flor su capullo;
Todo es paz, todo es tristeza;
Solo está el llano y el monte,
Y cual virgen soñolienta,
De la sombra entre los brazos
Se duerme naturaleza.
Dulce es vagar en la noche
Por la llanura desierta;
Ver sobre el lago pasar
En vapor y espuma envueltas,
Confusamente borradas,
Las flores de la existencia,
Y en las grutas de las rocas
Oir vaga y casi muerta
Del arpa de juventud
La voz del viento en las cuerdas.
Dulce es al alma cruzar
Con la brisa de las selvas
Esos aires que la luna
Confusamente platea;
Adormecer la razon
Con relumbrantes quimeras,
Y al Alcázar de los sueños
Con desbocada carrera
Lanzar la imaginacion,
De amor y gloria sedienta,
Y allí una imagen buscar
Inefable, hermosa, eterna,
Inmensa como el espacio,
Como el corazon inmenso,
De luz vestida y de galas,
De asombro y misterios llena.

Dulce es soñar si en libertad soñamos;
Son dulces esos sueños,
Con que del porvenir ataviamos
Los campos halagüeños.
¿Mas qué importa al cautivo engalanada
La noche ver de estrellas,
Si no puede en su cárcel olvidada
Decirles sus querellas?
¿De qué sirven los astros que iluminan
Los patrios horizontes,
Cuando su disco sin color inclinan
Sobre ignorados montes?
¡Prisma encantado! ¡libertad gloriosa!
¡Del alma santa flor!
¿Qué es junto á ti la frente de la hermosa?
¿Que es junto á ti el amor?
Del otro lado del bercúleo estrecho
Hay un doncel cautivo,
De hidalga sangre y levantado pecho,
De corazon altivo.
¿Qué nombre esclarecieron sus mayores?
¿Donde nació el cristiano?
¿La cumbre del poder y los amores
Tocó tal vez su mano?
El misterio le envuelve y la amargura
Y un mundo de pesares;
Y solo el mar en la tormenta obscura
Escucha sus cantares.
Hélo, allí está: su frente generosa
Surcan hondas arrugas:
Así marchitan del abril la rosa
Mortíferas orugas.
Hélo, allí está: sus ojos distraidos
Tal vez en busca van
De los campos que un tiempo florecidos
Miraron de arrayan.
De la noche al aliento regalado
Sus lábios ha entreabierto,
Y escuchará su pena y su cuidado
La noche del desierto.

«Noche! serena estás, mágica y pura:
Ni un soplo turba tu feliz quietud:
Eres un sueño de la edad futura
Dorado por un astro de virtud.
Mas por qué vienes ¡ay! tan encantada
Con todos tus luceros hácia mí,
Si ya pasó la edad arrebatada
En que los láureos del honor cogí;
La edad en que la cítara amorosa
Vibraba al son de mi primera fé,
Cuando orlada de mirtos y de rosa
Delante de mi amada la arrojé!
Tambien amaba entonces las estrellas,
Noche serena, de tu manto azul,
Y esas nubes de nácar sin centellas
Que lo prendian como blanco tul.
Hoy de todas tus pompas y misterio
Solo te pido sombra y soledad:
De todos los poderes de tu imperio
Las ráfagas que traen la tempestad.

Del otro lado de la mar los mios
De la guerra cayeron al furor;
Y el ángel de mis tiernos desvaríos
Dejó en las aras de mi altar su amor.
Yo no tengo una madre ni una esposa
Que vengan á llorar en mi athaúd,
Ni quien escriba en la extranjera losa
Las penas de mi amarga juventud.
Los lazos de la vida siento rotos;
La patria para mí perdida está,
Y el alma por los términos ignotos
De la duda y dolor cruzando vá.
Y siento que estos muros y estas rejas
Van apagando el noble corazon,
Como el rumor se apaga de mis quejas
Sobre esa mar que azota el aquilon.
¡Oh! yo quiero volar por el desierto,
Correr por las orillas de la mar,
Y tras la nave que abandona el puerto
La fantasía juvenil lanzar.
Quizá pudiera la ilusion del alma
Del árabe en las tiendas entrevér;
Tal vez al pie de solitaria palma
Me sonriera celestial mujer.
Y si la soledad es mi destino,
Y no ha de hallar un eco el corazon,
Si para siempre el resplandor divino
Se amortiguó de la primer pasion,
Las ciudades que fueron contemplára
Y á su polvo diria mi pesar,
Y de mis cantos el poder bastára
De los siglos el duelo á despertar.
Sobre las aguas del soberbio Nilo
Viera el sol del desierto aparecer,
Y al morir las pirámides tranquilo
En sus últimos rayos envolver.
Una leccion pidiera yo á la muerte
Que descifrase el libro del vivir,
Y ella rasgando el velo de la suerte
Me mostrára la faz del porvenir.
. . . . . .
. . . . . .
Sueños de libertad y de consuelo,
Sobrado puros sois para verdad:
Tended las alas y subid al Cielo;
Sueños de encanto y de placer, volad!
Nunca veré pirámides ni arenas,
Mares azules, ni radiante sol,
Ni del pie de la palma las serenas
Tintas de la mañana y su arrebol.
Solo esa mar por cuya espalda un dia
Volaba en la tormenta mi bagel,
Alzará su clamor en mi agonía
A mi abandono y mis desdichas fiel.
Solo esa mar mi amor y mi delicia,
Si en la noche azotada del turbion
Bramando melancólica acaricia
La eterna tempestad del corazon.
El amor de esa mar es mi ventura
Que arrullará mi duelo al espirar,
Y sus olas vendrán mi sepultura
De espumas y de limo á coronar.»

La Luna el firmamento plateaba
Pálida y bella la serena frente,
Y el ruiseñor la orilla arebataba
De aquella mar tan música y doliente.
El limpio azul de la celeste esfera
Playas sin fin mostraba al nuevo dia,
Y la aurora en la lánguida palmera
Ya sus primeras lágrimas vertia.
Un árabe á lo lejos galopaba;
Y entonces un suspiro el aire hendió
Que en la prision cantaba:
«¡Ay de la flor que el viento deshojó!
¡Ay de la flor que de mirarse esclava
Toda su pompa y juventud perdió!»

ENRIQUE GIL.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.